

LIBRE: ENTRE EL DEBATE Y LA TRIFULCA

Víctor Meza

El Partido Libertad y Refundación (LIBRE) ha ocupado la atención de muchos medios de comunicación en los últimos días en una forma tan intensa que, en el mejor de los casos, luce casi sospechosa. Sobre todo cuando se trata de medios que no han ocultado nunca su animadversión hacia el nuevo partido y hacia el movimiento de resistencia antigolpista en general. Cuando los adversarios me aplauden, decía Karl Liebknecht, el revolucionario alemán de principios del siglo pasado, lo primero que me pregunto es qué habré hecho mal.

Las disputas internas, especialmente si son de carácter doctrinario, son una constante en las agrupaciones que se reclaman de izquierda. Responden a una vieja tradición que tiende a convertir en discusión teórica cualquier afirmación política. Están insertas en el debate constante, la disidencia que genera la heterodoxia, la controversia ideológica, el choque de las ideas. Así ha sido siempre y, seguramente, seguirá siendo en esos círculos políticos.

El problema surge cuando a algunos se les suben las ideas a la cabeza y convierten lo que debería ser un saludable debate político en discusiones sin fondo, ataques personales, reclamos intrascendentes y acusaciones más cercanas a la calumnia que al justo reclamo. Esa malévola tendencia a convertir en riña personal lo que debería ser disidencia civilizada, le ha hecho mucho daño a la izquierda a lo largo de la historia.

Pero, para ser realmente justos, habría que preguntarse si en verdad el partido LIBRE es una agrupación de izquierda o solamente es una asociación de ciudadanos antigolpistas entre los cuales algunos pueden ser calificados de izquierdistas. No es lo mismo un partido de izquierda que un partido con facciones internas de izquierda.

El partido LIBRE es la conjunción dialéctica de múltiples y diversas fuerzas políticas que se opusieron y oponen al golpe de Estado del 28 de junio del 2009. Ese es su punto de partida, su común denominador. Pero, a diferencia de su arranque político, su punto de llegada es diferente, es diverso y plural. Y, ahí está la fuerza de LIBRE, de la misma forma que ahí está su debilidad. LIBRE es fuerte porque es múltiple, pero, al mismo tiempo, LIBRE es débil porque no es uniforme. Por lo tanto, LIBRE es un fenómeno híbrido, contradictorio en su esencia, en resumen, dialéctico. Y, precisamente, esa dialéctica interior es la que concede a la dinámica política de LIBRE una fuerza e impulso que no tienen, ni tendrán nunca, los viejos partidos políticos tradicionales. Por lo tanto, interpretar el verdadero sentido de esta nueva dinámica política, es tarea obligatoria de cualquiera que se reclame dirigente o líder dentro de la nueva agrupación política.

LIBRE, más que un partido, es la suma de un conjunto de corrientes políticas e ideológicas. Hay que saber darles coherencia interna, sentido de unidad, vocación de grupo. Para ello, se necesita un liderazgo fuerte, aceptable, negociador, táctico, amplio y tolerante. Pero, también se necesita una estructura organizativa democrática e incluyente. La suma de estos dos elementos – liderazgo

legítimo y democracia interna – habrá de traducirse en una política de oposición tan coherente como vigorosa. La democracia hondureña necesita contar con una oposición creadora, imaginativa, tan audaz como oportuna en sus iniciativas, tan firme en sus principios como flexible en sus tácticas negociadoras. Una oposición que sea al mismo tiempo opción, alternativa, oferta concreta de solución ante los diferentes problemas de la realidad nacional. La oposición si no es opción, no es nada.

A juzgar por la naturaleza de los reclamos y cuestionamientos que han dado lugar al triste espectáculo montado por algunos diputados de LIBRE, uno no puede menos que preguntarse si se trata realmente de militantes verdaderos de una corriente política revolucionaria o son simplemente diletantes y advenedizos que tuvieron el olfato y la malicia suficientes para montarse en la ola ascendente de la resistencia antigolpista y, desde ahí, deslizarse suavemente, como en un tobogán oportunista, hacia las curules acomodaticias en el Congreso Nacional. Habría que empezar por definir muy bien la calidad de los protagonistas de esta pelea interna, tan bizantina como intrascendente. Por el bien de la democracia, no se debe permitir que se impongan aquellos a quienes, en mala hora, se les han subido las ideas a la cabeza.